

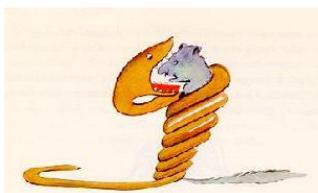
El Principito



Antoine de Saint Exupery

(Adaptación resumida de José Antonio Camacho Espinosa)

Cuando yo tenía seis años vi en un libro sobre la selva virgen que se titulaba "Historias vividas", una magnífica lámina.



Reflexioné mucho en ese momento sobre las aventuras de la jungla y logré trazar con un lápiz de colores mi primer dibujo.



Cuando enseñé a las personas mayores mi dibujo, decían que era un sombrero. Pero yo no había dibujado un sombrero. Era una serpiente boa que se había tragado un elefante.

Como parece que no era un buen dibujante tuve que dedicarme a otro oficio y aprendía a pilotar aviones. He viajado por todo el mundo y conozco todos los países.

Pero en cierta ocasión tuve una avería en el desierto del Sahara. Se me había estropeado el motor. Como no llevaba mecánico, me dispuse a realizar, yo solo, una reparación difícil.

Por la mañana, al amanecer del día siguiente, me despertó una extraña vocecita:

P - ¡Por favor... píntame un cordero!

- ¿Eh?

P - ¡Píntame un cordero!



- Pero... ¿qué haces tú por aquí?

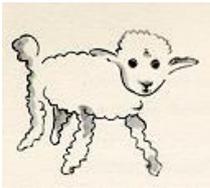
Y él respondió entonces, suavemente, como algo muy importante:

P - ¡Por favor... píntame un cordero!

- No sé pintar corderos- le dije.

P - No importa, ¡píntame un cordero!

Tanto insistió, que le pinté un cordero.



P - ¿Crees que será necesaria mucha hierba para este cordero?

- ¿Por qué?

- Porque en mi tierra es todo tan pequeño...

Se inclinó hacia el dibujo y exclamó:

P - ¡Bueno, no tan pequeño...! Está dormido...

Y así fue como conocí al principito.



Me costó mucho tiempo comprender de dónde venía.

P -¿Qué cosa es esa? -me preguntó.



-Eso no es una cosa. Eso vuela. Es un avión, mi avión.

P -¡Cómo! ¿Has caído del cielo?

-Sí -le dije.

P -¡Ah, qué curioso!

-Entonces ¿tú también vienes del cielo? ¿De qué planeta eres tú?

-¿Tu vienes de otro planeta?

Pero no me respondió; movía lentamente la cabeza mirando mi avión.



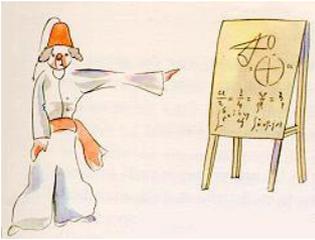
Después de un rato de conversación comprendí que su planeta de origen era apenas más grande que una casa.

Todos sabemos que, además de los grandes planetas, como la Tierra, Júpiter, Marte, Venus, existen otros centenares de ellos tan pequeños a veces, que es difícil distinguirlos aun con la ayuda del telescopio.



Cuando un astrónomo descubre uno de estos planetas, le da por nombre un número. Le llama, por ejemplo, "el asteroide 3251".

Yo creo que el planeta del cual venía el principito era el asteroide B 612.



Cada día que pasaba, yo aprendía algo nuevo sobre el planeta del principito y sobre su viaje.

Él me preguntó:

P -¿Es verdad que los corderos se comen los arbustos?

-Sí, es cierto.

P -¡Ah, qué contento estoy! Entonces se comen también los Baobabs.

- Pero los baobabs no son arbustos, sino árboles tan grandes como iglesias.

Y a continuación me dijo:

P - Los baobabs, antes de crecer, son muy pequeñitos.

- Es cierto. Pero ¿por qué quieres que tus corderos coman los baobabs?



En el planeta del principito había semillas terribles... como las semillas del baobab. Si un baobab no se arranca a tiempo, no hay manera de desembarazarse de él más tarde; cubre todo el planeta y lo perfora con sus raíces. Y si el planeta es demasiado pequeño y los baobabs son numerosos, lo hacen estallar.



Me dijo el principito: - Cuando por la mañana uno termina de arreglarse, hay que hacer cuidadosamente la limpieza del planeta. Es cuestión de disciplina.

Hay que dedicarse regularmente a arrancar los baobabs, cuando se les distingue de los rosales, a los cuales se parecen mucho cuando son pequeñitos. Es un trabajo muy fastidioso pero muy fácil".

Un día me dijo:



P - Me gustan mucho las puestas de sol; vamos a ver una puesta de sol...

- Tendremos que esperar...

P - ¿Esperar qué?

- Que el sol se ponga.

P - ¡Mi planeta es tan pequeño que yo un día vi ponerse el sol cuarenta y tres veces en mi planeta!

Al quinto día, me preguntó bruscamente:

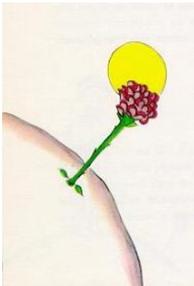
P - Si un cordero se come los arbustos, se comerá también las flores ¿no?

- Un cordero se come todo lo que encuentra.

P - ¿Y también las flores que tienen espinas?

- Sí; también las flores que tienen espinas.

Entonces me dijo:



- Yo sé de una flor única en el mundo y que no existe en ninguna parte más que en mi planeta; "Mi flor está allí, en alguna parte..." -lo dijo mirando al cielo. -¡Pero si el cordero se la come, es como si de pronto una estrella se apagara!

El principito no pudo decir más y estalló bruscamente en sollozos.

Lo tomé en mis brazos y lo mecí diciéndole: "la flor que tú quieres no corre peligro... te dibujaré un bozal para tu cordero y una armadura para la flor..."



Creo que el principito aprovechó la migración de una bandada de pájaros silvestres para iniciar su viaje. La mañana de la partida, puso en orden el planeta. Limpió cuidadosamente sus volcanes para que no provocasen una catástrofe.



Las erupciones volcánicas son como el fuego de nuestras chimeneas. Es evidente que en nuestra Tierra no hay posibilidad de limpiar los volcanes; los hombres somos demasiado pequeños. Por eso nos dan tantos disgustos.

El principito arrancó también los últimos brotes de baobabs.



Y cuando regó por última vez la flor y se dispuso a ponerla al abrigo del fanal, sintió ganas de llorar.

P - Adiós -le dijo a la flor. Pero ésta no respondió.

- Adiós -repitió el principito.

El principito se encontraba en la región de los asteroides 325, 326, 327, 328, 329 y 330.



Para ocuparse en algo y aprender al mismo tiempo, decidió visitar los asteroides y emprendió un viaje.

El **primero** estaba habitado por un rey. El rey, vestido de púrpura y armiño, estaba sentado sobre un trono muy sencillo y, sin embargo, majestuoso.

- ¡Ah, -exclamó el rey al divisar al principito-, ha llegado un súbdito!



Era un monarca absoluto, pero como era muy bueno, daba siempre órdenes razonables.

P - ¿Puedo sentarme? -preguntó tímidamente el principito.

- Te ordeno sentarte -le respondió el rey.

El principito estaba sorprendido. Aquel planeta era tan pequeño que no se explicaba sobre quién podría reinar aquel rey.

P - Señor... ¿sobre qué ejerce su poder?

- Sobre todo -contestó el rey con gran ingenuidad.

- ¿Sobre todo?

P - ¿Y las estrellas le obedecen?

- ¡Naturalmente! -le dijo el rey-. Y obedecen en seguida, pues yo no tolero la indisciplina.

P -Su Majestad ¿podría ordenarme, por ejemplo, partir antes de un minuto?

-¡Te nombro mi embajador! -se apresuró a gritar el rey. - Márchate para representarme por todos los planetas.

Y el principito se marchó.

El **segundo** planeta estaba habitado por un vanidoso:



- ¡Ah! ¡Ah! ¡Un admirador viene a visitarme! -Gritó el vanidoso al divisar a lo lejos al principito.

Para los vanidosos todos los demás hombres son admiradores.

P - ¡Buenos días! -dijo el principito-. ¡Qué sombrero tan raro tiene!

- Es para saludar a los que me aclaman -respondió el vanidoso. Desgraciadamente nunca pasa nadie por aquí.

- ¿Tú me admiras mucho, verdad? -preguntó el vanidoso al principito

P - ¿Qué significa admirar?

- Admirar significa reconocer que yo soy el hombre más bello, el mejor vestido, el más rico y el más inteligente del planeta.

P - ¡Bueno! Te admiro -dijo el principito encogiéndose de hombros.

Y el principito se marchó.

El **tercer** planeta estaba habitado por un bebedor.



P - ¿Qué haces ahí? -preguntó al bebedor que estaba sentado ante un montón de botellas vacías y otro montón de botellas llenas.

- ¡Bebo! -respondió el bebedor.

P - ¿Por qué bebes?

- Para olvidar.

P - ¿Para olvidar qué?

- Para olvidar que siento vergüenza.

P - ¿Vergüenza de qué?

- ¡Vergüenza de beber! -concluyó el bebedor.

Y el principito, muy extrañado, se marchó.

El **cuarto** planeta estaba ocupado por un hombre de negocios. Este hombre estaba tan abstraído que ni siquiera levantó la cabeza a la llegada del principito.

P -¡Buenos días! -le dijo el principito-. Su cigarro se ha apagado.



-Tres y dos cinco. Cinco y siete doce. Doce y tres quince. ¡Buenos días! Quince y siete veintidós. Veintidós y seis veintiocho. No tengo tiempo de encender el puro. Veintiocho y tres treinta y uno. ¡Uf! Esto suma quinientos un millones seiscientos veintidós mil setecientos treinta y uno.

P -¿Quinientos millones de qué? -volvió a preguntar el principito.

- De estrellas.

P - ¿Y qué haces tú con quinientos millones de estrellas?

- Nada. Pero son mías.

P - ¿Que las estrellas son tuyas?

- Sí.

P - ¿Y de qué te sirve poseer las estrellas?

- Me sirve para ser rico.

P - ¿Y de qué te sirve ser rico?

Y el principito se marchó.

El **quinto** planeta era muy curioso. Era el más pequeño de todos, pues apenas cabían en él un farol y el farolero que lo habitaba.



El principito no entendía para qué servirían, en un planeta sin casas y sin personas, un farol y un farolero.

P - ¡Buenos días! ¿Por qué acabas de apagar tu farol?

- Es lo que tengo que hacer -respondió el farolero-. ¡Buenos días!

P - ¿Y qué tienes que hacer?

- Apagar mi farol. ¡Buenas noches! Y encendió el farol.

P - ¿Y por qué acabas de volver a encenderlo?

- Es la mi obligación.

P - No lo comprendo -dijo el principito.

- No hay nada que comprender -dijo el farolero-. Es la obligación. ¡Buenos días!

El principito lo miró y le gustó este farolero que tan fielmente cumplía su obligación. Y pensó: "Es el único de quien pude haberme hecho amigo. Pero su planeta es demasiado pequeño y no hay lugar para dos... "

Y el principito se marchó.

El **sexto** planeta era diez veces más grande. Estaba habitado por un anciano que escribía grandes libros.



-¡Anda, un explorador! -exclamó cuando divisó al principito.

- ¿De dónde vienes tú? -le preguntó el anciano.

P - ¿Qué libro es ese tan grande? -preguntó a su vez el principito-. ¿Qué hace usted aquí?

- Soy geógrafo -dijo el anciano.

P - ¿Y qué es un geógrafo?

- Es un sabio que sabe donde están los mares, los ríos, las ciudades, las montañas y los desiertos.

P - Eso es muy interesante -dijo el principito-.

- Sí, pero no soy explorador, ni tengo exploradores que me informen. Un geógrafo necesita exploradores para contar los ríos, las montañas, los desiertos... Pero, ¡tú vienes de muy lejos! ¿Verdad? ¡Tú eres un explorador!

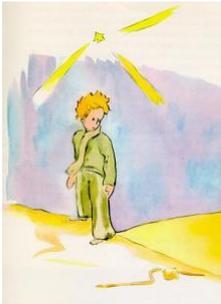
P - Y usted que es geógrafo, ¿qué me aconseja usted que visite ahora?

- La Tierra -le contestó el geógrafo-.

Así que, el **séptimo** planeta que visitó el principito fue la Tierra.



El principito, una vez que llegó a la Tierra, quedó sorprendido de no ver a nadie. Pensó que se había equivocado. De pronto una serpiente se revolvió en la arena.



P -¡Buenas noches! -dijo el principito.

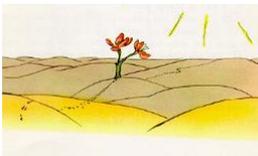
-¡Buenas noches! -dijo la serpiente.

P -¿Sobre qué planeta he caído?

-Sobre la Tierra, en África.

P -¡Ah! ¿Y no hay nadie sobre la Tierra?

-Esto es el desierto. En los desiertos no hay nadie. La Tierra es muy grande -dijo la serpiente.



El principito atravesó el desierto en el que sólo encontró una flor de tres pétalos.

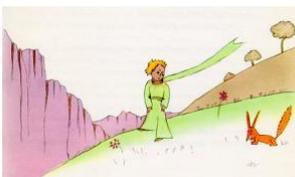
P - ¡Buenos días!

- ¡Buenos días! -dijo la flor.

P - ¿Dónde están los hombres? -preguntó cortésmente el principito.

- ¿Los hombres? No existen más que seis o siete, me parece. Los he visto hace ya años y nunca se sabe dónde encontrarlos.

El principito siguió andando y, de pronto, apareció un zorro:



- ¡Buenos días! -dijo el zorro.

P - ¡Buenos días! -respondió cortésmente el principito que se volvió pero no vio nada.

- Estoy aquí, bajo el manzano -dijo la voz.

P - ¿Quién eres tú? -preguntó el principito-. ¡Qué bonito eres!

- Soy un zorro -dijo el zorro.

P - Ven a jugar conmigo, ¡estoy muy triste!

- No puedo jugar contigo -dijo el zorro-, no estoy domesticado.

P - ¡Ah, perdón! -dijo el principito. Entonces me marchó. Adiós.

- Adiós -dijo el zorro-.

Era el octavo día de mi avería en el desierto.



Mientras el principito me contaba estas historias iban pasando los días y mi avión seguía sin arreglar.

-¡Ah -le dije al principito-, no tengo nada para beber y sería muy feliz si pudiera irme muy tranquilo en busca de una fuente!

El principito me miró y respondió:

P - Tengo sed también... vamos a buscar un pozo...

Así que, nos pusimos en marcha en busca de una fuente. Caminamos ese día y toda la noche y, al despertar el día siguiente, descubrí un pozo.



P -Tengo sed de esta agua -dijo el principito-, dame de beber...

Levanté el balde hasta sus labios y el principito bebió con los ojos cerrados. Todo era muy bello. Aquella agua era muy especial.



Al lado del pozo había un viejo muro de piedras. Cuando volví de mi trabajo al día siguiente por la tarde, vi desde lejos al principito sentado en lo alto con las piernas colgando. Lo oí que hablaba con una serpiente.

P - ¿Tienes un buen veneno? ¿Estás segura de que conseguiré llegar a mi planeta?

Llegué junto al muro a tiempo de recibir en mis brazos a mi principito, que estaba blanco como la nieve por la picadura de la serpiente.



Un relámpago amarillo centelleó en su tobillo. Quedó un instante inmóvil, sin exhalar un grito. Luego cayó lentamente como cae un árbol, sin hacer el menor ruido a causa de la arena... Y desapareció.

